

DESARROLLO SUSTENTABLE: ¿TODAVÍA ESPERANDO A GODOT?¹

Roberto P. Guimarães

Miembro del Comité Asesor de IFE –*Initiative for Equality* (EUA), Investigador Principal de la Dimensión Socio-Ecológica de *Desigualdades* (Alemania) y Profesor Visitante del Programa de Doctorado en Ambiente y Sociedad de la Universidad Estadual de Campinas (Brasil).

Contacto: robertoguimaraes@hotmail.com

Fecha de recepción: 15/10/2014

Fecha de aceptación: 30/11/2014

Resumen

El artículo hace un recorrido crítico por la evolución del concepto de sostenibilidad y su aplicación en la práctica. Las condiciones internacionales de desarrollo no favorecen un crecimiento sostenible, sin embargo, cuando es el ser humano quien constituye el centro de la acción pública es posible un nuevo estilo de desarrollo sostenible desde el punto de vista ambiental, social, cultural y político. En este sentido, el autor señala que es necesaria una nueva ética de desarrollo, en la que los objetivos económicos de crecimiento se subordinan a las leyes que rigen el funcionamiento de los sistemas naturales y a los criterios de respeto a la dignidad humana y de mejora de la calidad de vida de las personas.

Palabras clave: sostenibilidad; ética; calidad de vida; medio ambiente; turismo sostenible.

SUSTAINABLE DEVELOPMENT: STILL WAITING FOR GODOT?

Summary

The article makes a critical journey through the evolution of the concept of sustainability and its application in practice. International development conditions are not conducive to sustainable growth, however, when the human being who is the target of public action is possible a new kind of sustainable development from an environmental, social, cultural and political terms. In this regard, the author notes that a new ethic of development is needed, in which economic growth objectives are subordinate to the laws governing the functioning of natural systems and the criteria of respect for human dignity and improving the quality of life of people.

Keywords: sustainability; ethics; quality of life; environment; sustainable tourism.

¹Preparado para presentación en IX Seminario Internacional de Estudios Turísticos, V Seminario de Investigación en Gastronomía y X Foro de Investigación Turística y Gastronómica, organizados por Facultad de Turismo y Gastronomía de la Universidad Autónoma del Estado de México y llevados a cabo en Toluca del 26 al 28 de noviembre de 2013.

DÉVELOPPEMENT DURABLE: TOUJOURS EN ATTENDANT GODOT?**Résumé**

L'article jette un regard critique sur l'évolution du concept de développement durable et son application pratique. Les conditions internationales de développement ne sont pas propices à une croissance durable ; cependant, lorsque l'être humain est le centre de l'action publique, une nouvelle sorte de développement durable d'un point de vue environnemental, social, culturel et politique est possible. À cet égard, l'auteur note qu'une nouvelle éthique de développement est nécessaire. Sur la base de cette éthique, les objectifs de croissance économique sont subordonnés aux lois régissant le fonctionnement des systèmes naturels et aux critères de respect de la dignité humaine et de l'amélioration de la qualité de vie des personnes.

Mots-clés: durabilité; éthique; qualité de vie; environnement; tourisme durable

“Una esperanza tardía es mejor que un desengaño temprano”.
--María José dos Santos, Movimiento de los Sin Tierra, 2000

1. INTRODUCCIÓN

Constituiría por cierto una exageración sugerir que Samuel Beckett estaba con la mente puesta en el desarrollo sustentable en la noche de 5 de enero de 1953, estreno mundial de una de sus obras más famosas en el Left Bank Theatre of Babylon, en París. Beckett puso de relieve “el sufrimiento de ser” por medio de la tragicomedia de Estragón y Vladimir esperando por algo o alguien para aliviar su tedio, aunque el mensaje de la obra sea claramente la esperanza (Beckett, 1995).

Sin embargo, en más de un sentido, la desesperanza respecto del estado actual del planeta, reforzada por el autismo de los gobernantes presentes en Rio+10 y Rio+20, nos puede transformar a todos en Estragón y Vladimir, luchando para superar el hastío y la inacción debatiendo sobre sustentabilidad. Rivalizando con el clásico de Beckett, cuanto más discursamos solemnemente sobre nuestro Godot del desarrollo sustentable, nuestras acciones hacen menos factibles las posibilidades de su materialización (Guimarães, 2004).

Mucho se ha dicho sobre la “falta de voluntad política” para enfrentar los retos socio-ambientales y fundar un nuevo estilo de desarrollo que sea sustentable más allá de la retórica. Con todo, la evidencia histórica corre el velo del discurso y evidencia que, en verdad, *sobra* voluntad política para **no** permitir que un futuro distinto del actual sea posible. Como se verá en seguida, estamos más distantes que nunca del desarrollo sustentable, tanto en el discurso como en la práctica. Ello vuelve aún más delicadas las encrucijadas del presente, considerándose además el incremento de la población y la expansión de las actividades extractivas y agropecuarias en un contexto de creciente escasez de recursos cuyo progreso técnico ya demuestra que no es capaz de superar, sino tan solo aminorar parcialmente y en el corto plazo.

2. ORIGEN, CONSOLIDACIÓN Y DOMESTICACIÓN DEL PARADIGMA DE DESARROLLO SUSTENTABLE

El Primer Informe del Club de Roma fue sin duda pionero en llamar la atención del mundo para lo que sería hoy considerado como la *insustentabilidad* del patrón de desarrollo intensificado a partir de la Segunda Guerra Mundial (Meadows, 1972). No obstante, se considera que la Unión Mundial para la Naturaleza (UICN, anteriormente conocida como Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza) fue quien por primera vez usó explícitamente la noción de *desarrollos sustentable*, propuesta en su Estrategia Mundial para la Conservación de la Naturaleza y de los Recursos Naturales en 1980.

La incorporación "oficial" del desarrollo sustentable en la agenda internacional ocurrió en tanto con la publicación del Informe de la Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo, creada por la Asamblea de Naciones Unidas en 1983. A partir de ese entonces el concepto asumió aceptación generalizada, pasando a constituir un nuevo paradigma de desarrollo, definido como aquel que logra "satisfacer las necesidades de las generaciones actuales sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras de atender sus propias necesidades" (Brundtland, 1987). Su mayor contribución fue la de superar una visión exclusivamente ambiental o propia de la economía de los recursos naturales y poner, a la vez, el foco del desarrollo sustentable en el prerrequisito insoslayable de superación de la pobreza y de la exclusión, como asimismo de la transformación de los patrones de producción y de consumo por la vía del cambio de la matriz energética. En resumidas cuentas, *Nuestro Futuro Común* apuntalaba a la superación de las visiones marcadamente economicistas por una aproximación socio-ambiental al desarrollo.

En la década de 1990, informada en buena medida por los diagnósticos y bases conceptuales introducidas por la Comisión Brundtland, avanzó sobremanera la percepción mundial acerca del deterioro de los sistemas vitales del planeta con cambios significativos en el debate internacional sobre los problemas ambientales. Si la atención del mundo para la crisis había despertado recién en Estocolmo en 1972 (Guimarães, 1992a), alcanza su clímax en la Cumbre de la Tierra que se llevó a cabo en Río de Janeiro veinte años más tarde. En esas dos décadas fue posible trascender una aproximación exclusivamente ambiental, superar el divorcio entre medio ambiente y desarrollo y establecer un vínculo estructural entre los desafíos ambientales como resultado de las insuficiencias de los modelos económicos vigentes (Guimarães, 1992b).

Es así que Río-92 lanza los cimientos para una nueva visión sobre cómo enfrentar la crisis, transformando al agenda global, marcadamente tecnocrática y todavía dominada por la Guerra Fría, a una en que el desarrollo sustentable asume el rol protagónico en un intento de entrelazar los pilares sociales, económicos, culturales, políticos y ambientales de la sociedad. Las convenciones sobre Diversidad Biológica y Cambio Climático representaron pasos paradigmáticos importantes en esta dirección. La primera echaba la semilla para transformar profundamente la generación, difusión y propiedad intelectual de los avances tecnológicos, mientras la segunda propugnaba por un cambio profundo de los patrones de producción y consumo que sería impulsado por la sustitución de los

combustibles fósiles por fuentes renovables y el uso más eficiente de energía. De manera gradual, pero persistente, el desarrollo sustentable empezó a incorporarse al discurso económico y político en forma definitiva.

Ese proceso se profundizó entre la Conferencia de Río de 1992 y la Rio+10 de Johannesburgo en 2002 como resultado directo de la globalización (Guimarães, 2003). Entre muchos aspectos, la globalización reforzó la concepción de fines de los años 1980, relativa al agotamiento de modelos específicos de organización económica y social, y reveló, al mismo tiempo, las insuficiencias de los *estilos* de desarrollo (quienes producen que, como y para quien) para responder a los nuevos retos. Desafíos en los que a los problemas tradicionales de pobreza y desigualdad se habían añadido los límites ecológicos y los requerimientos ambientales para lograr un desarrollo sustentable en el Siglo XXI. Principios como "quien contamina paga", "obligaciones comunes, pero diferenciadas", "principio de la precaución", "análisis de impacto ambiental", "justicia ambiental", entre muchos otros, son definitivamente incorporados durante esa década en la agenda de políticas pública y en el derecho internacional.

Por desgracia, ya se podía apreciar la paulatina domesticación del discurso de la sustentabilidad que empieza en los años posteriores a Rio-92. La Convención de Biodiversidad, por ejemplo, perdió su fuerza revolucionaria en materia de reparto equitativo de los beneficios científicos, tecnológicos, económicos y comerciales entre los que detienen y los que explotan la biodiversidad, y fue reducida casi exclusivamente a adoptar decisiones para disminuir la tasa de extinción de especies y regular al comercio de especies amenazadas. Mientras, la Convención de Cambio Climático perdió su carácter transformador de la producción y del consumo para limitarse a los más variados y controvertidos estratagemas de mercado para reducir la emisión de gases de efecto invernadero sin cambiar, en los hechos, la matriz energética basada en combustibles fósiles.

2.1. El retroceso de la transición hacia la sustentabilidad en la agenda internacional

Si la última década del siglo pasado había significado un avance en las concepciones de desarrollo sustentable, las dos primeras décadas del nuevo milenio atestiguaron un retroceso notable de la agenda internacional. Tanto las conferencias de Johannesburgo 2002 como la Rio+20 en 2012 no solo perdieron la oportunidad de representar etapas superiores en la comprensión mundial sobre los desafíos del desarrollo sustentable, sino que lo único que obtuvieron fue evitar un retroceso aún más desastroso. Suficiente con destacar que decisiones consagradas en la agenda internacional, algunas desde Estocolmo-72, estuvieron fuertemente amenazadas en Johannesburgo (Guimarães, 2002).

En primer lugar, se verificó un importante revés para en el "principio de precaución", pilar de Rio-92 y uno de los aspectos más revolucionarios del régimen internacional sobre el medio ambiente. De acuerdo con el proyecto de Plataforma de Acción presentado por los EE.UU. para negociación, el principio de precaución debería ser sustituido por "el uso de un *enfoque ecosistémico con precaución*, siempre que sea posible". Ahora bien, si es difícil establecer consenso respecto del significado de un "enfoque de ecosistemas", es posible imaginar la ambigüedad técnica de un mero

“enfoque”. Del mismo modo, su uso “siempre que sea posible” no podría ser más inocuo y todavía más peligrosamente engañoso. A pesar de haberse logrado revertir esa amenaza real de retroceso a los tiempos de la prehistoria de la crisis ambiental, mucho antes incluso de Estocolmo, esfuerzos y tiempo precioso fueron desperdiciados y habrían sido mejor empleados en la construcción de una verdadera agenda de transición hacia la sustentabilidad.

Los países desarrollados, los EE.UU. a la cabeza, buscaron socavar el principio de las “responsabilidades comunes, pero diferenciadas”, haciendo tabla rasa de los compromisos asumidos en Estocolmo y Río. Eso se manifestó sea en la exigencia de que los países en desarrollo asumiesen las mismas responsabilidades, por ejemplo, en la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero, sea soslayando los compromisos asumidos en materia de transferencia de tecnología más limpia y de prácticas de comercio justo. Se produjo también un retroceso en los compromisos de los países desarrollados de aportar “recursos nuevos y adicionales” y destinar el 0.7 por ciento de su PIB para la ayuda al desarrollo. Tal aporte, además de no haberse materializado luego de Estocolmo, excepto por los países Nórdicos de Europa, fue declinando paulatinamente hasta llegar a menos de 0.20 por ciento. Por último, tanto en el ámbito público como privado, se siguió considerando los principios de protección ambiental y desarrollo sustentable como “restricciones” al proceso de crecimiento económico, habiendo recrudescido el proteccionismo comercial y la imposición de “condicionalidades” de todo orden en la ayuda internacional.

Si Johannesburgo representó un punto de inflexión en el desarrollo sustentable a nivel de discurso y de toma de decisiones internacionales, hubiera sido mejor que la Río+20 no hubiese existido, tan profundo fue su fracaso (Guimarães y Fountora, 2012a, 2012b). Enmarcada por la fuerte crisis y recesión mundial e inmersa en la constatación de que muy poco se había avanzado en el desarrollo sustentable (UNEP, 2012), la Conferencia tuvo inicio el 13 de junio de 2012 y luego empezó a sufrir un creciente descrédito por parte de las organizaciones de la sociedad civil, de la comunidad científica y de los medios de comunicación. Las advertencias hacían recordar el mensaje enviado por el astronauta Jim Lovell a la base espacial de Houston, luego que una explosión damnificara el módulo de servicio de la misión Apollo 13 en Abril de 1970: “Houston, tenemos un problema”. Nada podría retratar más fielmente la situación actual en la nave espacial Tierra en 2012. Múltiples fueron los ingredientes que permitían pronosticar el fracaso de Río+20, en particular, los que imprimían un carácter singular a la Conferencia, a saber, su concepción misma, el proceso preparatorio y los resultados esperados.

En primer lugar, en nítido contraste con las Conferencias de Estocolmo en 1972 y Río de Janeiro en 1992, Río+20 no había sido concebida como una Cumbre, sino una “Conferencia de Revisión” (UNCSD, 2012). Por lo mismo, no era requerida la presencia de Jefes de Estado y de Gobierno porque no había la previsión de decisiones a ser adoptadas. Eso se vio confirmado con las importantes ausencias del Parlamento Europeo, del Presidente Norte-americano Barack Obama y de la Canciller Alemana Angela Merkel, además de la drástica reducción de la delegación enviada por la Comisión Europea, sin mencionar el tempestivo abandono de la Presidente Cristina Kirchner de Argentina luego de iniciarse Río+20 y sin mayores explicaciones.

Íntimamente relacionado con esa falla de diseño, no se previeron decisiones a ser adoptadas por Jefes de Estado en la forma de Tratados, Convenciones o Acuerdos Multilaterales de Medio Ambiente. En comparación con la Resolución 44/228 de la Asamblea General de Naciones Unidas que convocó Rio-92, preveía una veintena de resultados específicos a ser negociados en etapas previas y que resultó en decisiones cruciales para la transición hacia la sustentabilidad, tales como la Convención Marco sobre Cambios Climáticos, la Convención sobre Diversidad Biológica y, fundamental, la Agenda 21, la Resolución 64/236 convocando Rio+20 indicaba el bien poco ambicioso y casi mediocre objetivo de “garantizar un compromiso político renovado para el desarrollo sustentable, la evaluación del progreso alcanzado, la identificación de vacíos en la implementación de las cumbres más importantes sobre desarrollo sustentable y los nuevos desafíos emergentes”. Dicho de otra forma, Rio+20 no estuvo centrada, siquiera fue diseñada como culminación de decisiones fundamentales para el desarrollo sustentable. Estuvo ceñida nada más que a discusiones, casi académicas, alrededor de temas como la “economía verde en el contexto del desarrollo sustentable y la erradicación de la pobreza” y el “marco institucional para el desarrollo sustentable”.

Por otro lado, como subrayaba un comunicado enviado al Secretario-General de Naciones Unidas y suscrito por cerca de mil organizaciones académicas y de la sociedad civil, con el sugestivo título de “Excluyendo Nuestros Derechos, Colocando entre Paréntesis Nuestro Futuro”, Rio+20 estaría “destinada a adicionar casi nada a los esfuerzos globales para garantizar un desarrollo sustentable”. Advertía, además, que “muchos gobiernos están haciendo uso de las negociaciones para socavar los derechos humanos y la lucha por más equidad, como también principios ya consagrados como el ‘contaminador-pagador’, ‘responsabilidades comunes pero diferenciadas’ y ‘el principio de la precaución’, entre otros (Cúpula Dos Povos, 2012).

Finalmente, el “resultado” más importante de la Conferencia, el llamado “Borrador Zero” de la declaración política “El Futuro que Queremos” enfrentó tanta resistencia que terminó desprovisto de cualquier relevancia o contenido significativo. Teniendo como punto de partida un documento inicial de 300 páginas, la declaración fue reducida a menos de un tercio de extensión al inicio de Rio+20, todavía plagado de “paréntesis” (es decir, ítems todavía sin consenso para aprobación). Tomando en cuenta que la propuesta oficial de los Estados Unidos sugería un documento “con no más que 5 páginas, breve y en tono genérico para poder ser aceptado por todas las delegaciones”, no sorprende la frustración manifestada por el propio Secretario Ban Ki-moon y la Unión Europea. Tenían razón. Siempre que el texto hacía referencia, por ejemplo, al “derecho a la alimentación y nutrición adecuadas”, se proponía su pura y simple supresión.

El mismo destino tuvo la mención al “derecho de todos a tener acceso a alimentos seguros, suficientes y nutritivos”. El énfasis fue cambiado por las grandes potencias por el ambiguo “incremento de la productividad agrícola” y en la políticamente interesada atención “a mejorar el acceso de pequeños agricultores a los mercados globales”. La inclusión explícita de atención a las necesidades especiales de mujeres y pueblos indígenas fue sistemáticamente rechazada. De igual modo, decisiones arduamente conquistadas en conferencias precedentes como el “derecho a agua limpia y segura” o la “regulación de los mercados financieros y de *commodities*” permanecieron inaceptables

para los dueños del poder mundial, quienes, de hecho, secuestraron la Rio+20 para echar un paso atrás y renegar acuerdos adoptados anteriormente, suprimiendo todo lo señalado y sustituyendo tales menciones por frases vacías como la omnipresente “promover eficiencia”.

En resumidas cuentas, a la luz del diseño, de los preparativos y de los resultados de la conferencia, cualquier observador independiente se ve compelido a cuestionar si los gobernantes están hoy mucho más interesados con la mantención de la salud del sistema financiero internacional y la preservación de sus economías a toda costa. Rio+20 reveló que éstos no están dispuestos a negociar sus patrones de consumo a cambio de mejorar la calidad de vida de la mayoría de la población mundial en situaciones de pobreza, las más afectadas por el deterioro ambiental provocado, entre otros, por los cambios climáticos, la desertificación, la pérdida de biodiversidad, la escasez de agua y tantos otros signos de la crisis. Una mayoría que, el pleno Tercer Milenio, todavía (sobre)vive en situaciones de pobreza, cesantía, crecientes disparidades en la riqueza, distribución de bienes y de ingreso y de acceso a recursos naturales, sometida a situaciones de discriminación y exclusión política.

Muchos han alertado, cada vez en mayor número, con más intensidad, más frecuentemente y en todos los rincones del planeta, en los negocios, en la ciencia y en la sociedad, para el hecho de que los sistemas vitales de soporte a la vida siguen siendo destruidos, del mismo modo en que la pobreza y la desigualdad amenazan la cohesión social engendran inestabilidad y violencia. Cuando alertas semejantes fueron lanzados en los años previos a Rio-92, el entonces Presidente de los EE.UU, George W. Bush (padre) rechazó a los críticos de su postura ambiental declarando que El modo de vida americano no es negociable” (Deen, 2012). Veinte años más tarde, los líderes mundiales que siguen en el poder, en especial en los países ricos y que más se benefician de los patrones insustentables de desarrollo, parecen seguir actuando bajo la misma lógica perversa y a reproducir la misma visión del “Futuro que *no* Queremos”.

Informes recientes de prensa (noviembre de 2013) constituyen una evidencia adicional de la ceguera que amenaza a llevar el planeta al desastre. Las noticias dan cuenta del reciente abandono de la representación de China y de los más de 130 países que conforman el G-77, grupo representativo de los países en desarrollo, de las de las mesas de negociación en la COP-19 de Varsovia (Conferencia de las Partes de la Convención sobre Cambios Climáticos) a raíz de la renuencia de los países desarrollados en asumir sus compromisos para revertir el cambio climático. En esa oportunidad, además del tradicional sabotaje imperial liderado por los representantes de los Estados Unidos, fueron los gobiernos de Australia, Canadá y Japón quienes han capitaneado también la delincuencia ambiental global para garantizar, una vez más, el fracaso de las negociaciones para dar respuestas concretas y equitativas a la crisis climática. Veinticuatro horas más tarde, más de 800 representantes de las organizaciones no-gubernamentales presentes en Varsovia abandonaron la conferencia, mientras el Presidente de Polonia demitía su Ministro de Medio Ambiente y Presidente de la COP-19.

Al concluir la Conferencia de Varsovia, han sido más bien mediocres los resultados de dos semanas de “negociación”. Ha sido aprobado el llamado REDD, la sigla en inglés para el programa de Reducción de Emisiones por Deforestación e Degradación y que, en

teoría, podrá beneficiar comunidades locales por sus esfuerzos de conservación, pero que en la práctica representa un peldaño más en la escalada de mercantilización de la naturaleza. El mecanismo de Pérdidas y Daños, tan arduamente defendido por los países en desarrollo, quedó en veremos puesto que el ahora denominado Mecanismo de Varsovia será decidido apenas en 2016. Por último, hubo el “compromiso” de los países anunciaren sus metas de reducción de emisiones hasta 2015. Si se considera que el objetivo de la COP-19 era el de lograr de una vez la urgente e impostergable reducción de las emisiones de CO², no cabe duda que Varsovia ha sido un estruendoso fracaso. Uno más a sumarse a los fracasos de Rio+10 y Rio+20.

2.2. Gatopardismo posmoderno y la desconstrucción del Desarrollo Sustentable

En un evento semejante al que dio origen al presente ensayo, la sexta edición del Congreso Internacional sobre Turismo Rural y desarrollo Sustentable, también llevado a cabo en Toluca del 18 al 20 de junio de 2008, se hizo uso de una interpretación similar a que se introduce a continuación. En ese entonces, se puso especial hincapié, para el explicar el “Gatopardismo en la domesticación del desarrollo sustentable”, en el hecho de que el imperio del mercado en desmedro de la acción pública se hacía antitético al nuevo paradigma, entre otros, porque éste se dirige a “actores” --las generaciones futuras-- que todavía no participan en el mercado, y se proyecta en el largo plazo, mientras el mercado asigna recursos entre actores existentes y en el corto plazo. De ahí fueron señaladas las “paradojas” ideológica, social e institucional del discurso sobre sustentabilidad (Guimarães, 2010).

Corresponde ahora acrecentar breves comentarios sobre los fundamentos *políticos*, del poder hegemónico si se quiere, para la profundización del proceso de domesticación del desarrollo sustentable hasta el límite de estar siendo transformado en un verdadero oxímoron que más que aclarar e informar la práctica social, la confunde y enmaraña la realidad actual de insustentabilidad. Ello ha sido el resultado de una de las múltiples características de la globalización acelerada en las últimas décadas del siglo pasado, la homogenización de patrones de conducta, entre éstos, en la forma misma de hacer política. A raíz del cuestionamiento creciente de las instituciones de gobierno, de los políticos y de los procesos de toma de decisión pública, una de las estrategias igualmente “globalizadas” por los gobernantes ha sido la de adoptar un discurso que, en la apariencia, incorpora las nuevas demandas de la sociedad civil por una nueva gobernabilidad pero, en los hechos, garantiza que todo siga igual en el timón del poderneconservador. Enfrentados a la resistencia social a los dictámenes del Consenso de Washington y sus programas de ajuste estructural y de liberalización económica, financiera y comercial, hasta los gobiernos dichos progresistas, de centro-izquierda, que ascienden al poder a partir de fines de los años 1980, no hicieron más que profundizar el neoliberalismo bajo un barniz progresista. El discurso del DesarrolloSustentable no ha estado inmune de ese proceso.

Posteriormente a su consolidación como discurso oficial en todo el mundo, en especial durante la Conferencia de Rio en 1992, el Desarrollo Sustentable se ha ido desdibujando y siendo domesticado y desprovisto paulatinamente de su carácter social de

transformación (Guimarães, 1994; Naredo, s.d.). Su práctica revela, en muchos aspectos, un retroceso, y se encuentra hoy día acompañado por la intensificación en la explotación de los recursos naturales, el incremento de la pobreza, de la desigualdad y de la exclusión, la precarización del mundo del trabajo, el desmantelamiento de la capacidad extractiva y regulatoria del Estado, la consolidación de enclaves del capital financiero en el proceso decisorio público, y la consecuente concentración del poder corporativo, financiero y especulativo que acapara porciones crecientes de la riqueza socioeconómica y ambiental.

Quizás resuma esa "destrucción" del discurso de la sustentabilidad la mercantilización de la Naturaleza y la subordinación de la economía real y del poder político al capital financiero y especulativo, todo ello alimentado por una ética individualista, consumista y por una moral igualmente utilitaria. Esto constituye el meollo del "diagnóstico", por cierto incompleto e impresionista, que informa las dos secciones a seguir, permite encuadrar el análisis del rol del turismo en la actualidad y, por último, propugnar por una nueva ética de producción y consumo que logre rescatar las raíces y propuestas originales del Desarrollo Sustentable.

3. ESTÁBAMOS MEJOR CUANDO ESTÁBAMOS *PIOR*, LA GLOBALIZACIÓN DE LA CRISIS SÓCIO-AMBIENTAL

La triste realidad de hoy, cuatro décadas después de Estocolmo, todavía espera que los líderes mundiales hagan eco a las advertencias expresadas por Margaret Mead. En sus palabras, "debemos reconocer que nunca podremos volver al modo de vida de nuestros antepasados, pero debemos recapturar esta sabiduría de un modo que permita comprender lo que está pasando en la actualidad, cuando una generación casi ignorante de un sentido de la historia tiene que aprender a hacer frente a un futuro desconocido, para el cual no ha sido preparada." (Mead, 1970).

Tres décadas más tarde, y a la luz de los altibajos de la agenda de desarrollo sustentable y de sus logros en América Latina, Lourdes de Santiago también tiene razón cuando nos recuerda el dicho de un campesino mexicano que resume la situación actual con una profunda sabiduría: "estábamos mejor cuando estábamos *peor*" (De Santiago, 2002). No se puede negar que el mundo se ha tornado extremadamente más complejo en décadas recientes, pero es también real el sentimiento generalizado, a pesar de la ingenuidad tecnócrata de los pioneros de la sustentabilidad en Estocolmo, de que por cierto éramos felices y no sabíamos. Además de la ya señalada domesticación del discurso sobre sustentabilidad, el deterioro socio-ambiental tampoco presenta signos expresivos de reversión. Como recuerda Bertold Brecht (2004) en su poema *A Quien Vacila*:

*Dices: "Nuestra causa no avanza hacia buen fin".
La oscuridad aumenta. Las fuerzas disminuyen.
Ahora, después de tantos años de tarea
estamos peor que cuando comenzamos.*

*En cambio el enemigo está más fuerte que antes.
Su poderío parece haber crecido. Por su aspecto parece invencible.*

*Nosotros en cambio hemos cometido mil errores, ya no se puede negar.
Cada vez somos menos.*

*Las consignas son confusas. Muchas palabras
que eran nuestras han sido deformadas por el enemigo
hasta tornarlas irreconocibles.*

*“De lo que ahora decimos ¿qué está mal?
¿Una parte o todo?
¿Con quién podemos seguir contando?
¿Somos rezagos, expulsados de las corrientes vivas?
¿Quedaremos atrás, sin entender a nadie ya, sin nadie que nos entienda?
¿Dependemos de la suerte?”*

*Todo eso preguntas.
¡Pero no esperes más respuesta que la tuya!*

3.1. Empeoramiento de la vulnerabilidad socio-económica y ambiental

La noción de equidad entre generaciones constituye el meollo de la propuesta de desarrollo sustentable impulsada desde la Conferencia de Río en 1992. Ésta postula que cada generación debe ocuparse en satisfacer sus propias necesidades de un modo que no perjudique o dañe las siguientes generaciones. Esto significa que cada ser humano y cada generación debe tener garantizado su derecho al mismo patrimonio ambiental, cultural y de recursos económicos y sociales que las generaciones que los han precedido. Al reconocer en tanto que más de la mitad de la generación que estará viva hacia mediados de siglo ya ha nacido, la propuesta de equidad intergeneracional se confunde con las necesidades actuales y no con algún momento en un futuro remoto. En otras palabras, velar por los intereses de las siguientes generaciones no es sólo un tema de valores y de ética socio-ambiental. Es un tema de política pública y de decisiones que atañen al presente más inmediato, un periodo en el cual distintas generaciones conviven en un mismo momento histórico, aunque con distintos recursos de poder para definir el presente y ajustar su carta de navegación hacia el futuro.

El reconocimiento de los desafíos que plantean las crecientes desigualdades sociales existentes y la hegemonía del capital financiero y de la economía “virtual” hoy en el mundo constituyen un deber ético y moral con implicaciones para la sustentabilidad del desarrollo en el corto y largo plazo. Es motivo de preocupación, por lo mismo, constatar que el 80 por ciento del producto interno bruto del mundo pertenece a las mil millones personas que viven en el mundo desarrollado, mientras el 20 por ciento restante es compartido por las más 5 mil millones de personas que viven en países en vías de desarrollo. La desigualdad en la distribución de ingresos intra y entre países ha empeorado entre 1995 y 2005, incluso para un grupo significativo de países industrializados (UNDESA, 2005). Pese a excepciones puntuales como las observadas en China, India y Brasil, la pobreza, la miseria y las distancias sociales siguieron incrementando desde ese entonces, en buena medida como resultado de la hegemonía

neoliberal y su materialización por medio del Consenso de Washington y de sus programas de ajuste estructural y de desregulación económica, financiera y comercial, algo que son los países de Europa, con sus 27 millones de desempleados, en su mayoría jóvenes, los que se ven ahora sometidos como lo fue América Latina y África en los años 1990.

En verdad, aunque las teorías de “convergencia económica” de los años 1980 sugiriesen que la creciente integración entre países a raíz de la globalización conllevaría una mayor convergencia de los niveles de ingreso y una equivalente disminución en las desigualdades, la evidencia empírica desmiente tales supuestos. Un número cada vez más significativo de estudios cuestiona si la globalización, en su patrón actual, puede efectivamente contribuir para la reducción de las desigualdades. Las políticas y medidas de liberalización llevadas a la práctica bajo el supuesto de mejorar el desempeño económico, lejos de contribuir a una distribución más equilibrada de la riqueza, han profundizado las desigualdades. Datos indican, por ejemplo, que hasta en la esfera de la OCDE, los países que han aplicado más estrictamente tales políticas son los que también han experimentado incrementos sustanciales de desigualdad.

Además de la apertura comercial, la liberalización financiera fue una de las características más salientes de las políticas de ajuste estructural implementadas a partir del Consenso de Washington. Estudios del Banco Mundial indican claramente que las crisis financieras derivadas de las políticas de liberalización han provocado un impacto negativo en el nivel en la distribución de salarios en general, y tales efectos han persistido pese a la fugaz recuperación económica antes de la crisis del 2008 que perdura hasta hoy. Por último, las políticas de comercio siguen contribuyendo para aumentar la brecha entre ganadores y perdedores en el proceso marcadamente asimétrico de globalización y liberalización comercial.

El mismo Banco Mundial estima, por ejemplo, que un amplio acuerdo *global* de comercio produciría un incremento del ingreso mundial de 263 mil millones de dólares en el año 2015, con los países en desarrollo recibiendo una parcela de 109 mil millones del total. Entretanto, si todos los países en desarrollo siguen la tendencia dominante de firmar acuerdos *bilaterales* con los mayores actores del comercio mundial, a saber, Canadá, los Estados Unidos, Japón y la Unión Europea, el ingreso global se irá acrecentar en menos de la mitad, o 112 mil millones. Peor todavía, en éste caso los países en desarrollo, a la vez de beneficiarse, perderían 21 mil millones netos y los países más ricos aumentarían sus ingresos totales en 133 mil millones, profundizando aún más las inequidades producidas en el marco actual de la Organización Mundial de Comercio (Guimarães, 2006).

Irónicamente, la pobreza y la desigualdad ya no son un “privilegio” de América Latina y de los países en desarrollo y afecta ahora el corazón del mundo industrializado. Las informaciones estadísticas confirman que la concentración de la riqueza ha aumentado considerablemente en los EE.UU y en Europa, como también la cesantía y los sueldos reales de los estratos más bajos. En los países miembros de la OECD, por ejemplo, los 10 por ciento más ricos detienen hoy, en promedio, nueve veces más que los 10 por ciento más pobres. (OECD, 2013). Ilustra de modo dramático esa tendencia las estimaciones de que la riqueza de los 100 habitantes más ricos del planeta creció aún más entre 2012 y 2013, pese a la crisis norte-americana y europea, y poseen hoy 2.1 *billones*

de dólares, lo que representa el equivalente a un tercio de la riqueza total de los 570 millones de latino-americanos y caribeños. Carlos Slim, quien ocupa el segundo lugar, por debajo solo de Bill Gates, incrementó su riqueza en un 13 por ciento entre 2012-2013, y ahora es el 5 por ciento (65 mil millones) del PIB de México.

Entre las expresiones no económicas de la exclusión socio-ambiental, suficiente con recordar que prácticamente 30 millones de personas todavía sufren el flagelo de la esclavitud o trabajo forzado que se suponía superado desde el fin del periodo colonial. La expectativa de vida ha aumentado de 47 a más de 65 años en las últimas cinco décadas, aunque las estadísticas revelen una brecha de hasta 36 años entre las regiones con menores y mayores niveles de expectativa de vida. En lo que dice relación con la seguridad alimentaria, desde los años 1970 la producción mundial triplicó y los precios de los principales granos bajaron un 80 por ciento. El planeta, que nunca había sido capaz de producir suficientes alimentos para una población que crecía exponencialmente, produce ahora lo suficiente para satisfacer las necesidades nutricionales del doble de la población mundial.

Así y todo, el número de hambrunas clasificadas por Naciones Unidas como "emergencias humanitarias" creció de 15 a más de 35 al año entre 1990 y la década actual. De los 219 mil nuevos habitantes que se sientan a la mesa del almuerzo global, un tercio de éstos no tienen que comer y el número total de los que padecen de hambre se acerca a los mil millones y es responsable por casi 4 millones de muertes infantiles al año. Paradojalmente, una cifra equivalente a de los sobre nutridos y obesos. No sorprende que desde mediados de la década pasada, la obesidad provoque más muertes que el tabaco. Por último, carecen de acceso a agua 1.1 millones de personas y 2.4 millones no poseen instalaciones sanitarias básicas (Guimarães, 2006; PNUMA, 2012; Wordlwatch, 2013).

Los patrones de consumo constituyen también una importante medida de la exclusión socio-ambiental, al permitir distinguir entre los que poseen y los que no disfrutan de acceso a recursos, bienes y servicios mínimamente necesarios para una vida digna y sustentable en el tiempo. Ello permite echar luz también a los procesos de privación relativa a que están sometidos ciertos grupos sociales. En los últimos 25 años el consumo de los hogares aumentó a tasas anuales superiores a 2.5 por ciento en los países industrializados, cercana al 6 por ciento en los del Este Asiático, mientras en África y en muchos países de América Latina el consumo ha de hecho disminuido 20 por ciento en el mismo periodo.

El 20 por ciento más rico de los países de ingresos más elevados representan sobre el 80 por ciento del gasto privado total de consumo, mientras el 20 por ciento más pobre consume tan solo el 1.5 por ciento. Ilustran también las desigualdades en el consumo el que los 20 por ciento más ricos posean dos tercios de las líneas telefónicas y consuman el 45 por ciento de la carne y del pescado disponible, el 58 por ciento de la energía y el 87 por ciento del papel, mientras los 20 por ciento más pobres respondan por solo el 1.5 por ciento de las líneas de teléfono, consuman el 5 por ciento de la carne y pescado, el 4 por ciento de la energía total y menos del 1 por ciento del consumo de papel.

Como indican tales niveles de consumo, los beneficios materiales del crecimiento son acaparados de modo avasallador por los más ricos de los países ricos. Empeora ese

cuadro cuando se considera que el consumo conspicuo se esté generalizando en el mundo, a la par con el deseo de status y de diferenciación social que impele individuos de todos los estratos de la sociedad hacia objetivos materiales que en nada contribuyen para el bienestar y la felicidad. Por ejemplo, los US\$ 35 mil millones gastos anualmente en artículos como perfumes y cosméticos en el mundo desarrollado equivalía a la mitad de la Ayuda Oficial para el Desarrollo en 2004, mientras en Brasil casi la mitad de los consumidores admiten tener comprado productos que jamás usaron (Guimarães, 2006).

3.2. La crisis (terminal?) del clima y sus consecuencias socio-ambientales

Ya nadie cuestiona el origen antropogénico de los cambios climáticos. La publicación del informe de 2007 del IPCC (sigla en inglés del Panel Intergubernamental de Cambios Climáticos), creado por las Naciones Unidas en 1998 con la participación de científicos de más de 130 países, demostró científicamente, por primera vez, la acción humana como principal responsable por el ciclo actual de aumento de las temperaturas promedio del planeta. El más reciente informe del IPCC indica que el llamado efecto invernadero ha provocado un incremento de 1.3 grados en la temperatura mundial y puede alcanzar entre 2.6 y 4.8 grados en 2100, mientras el nivel de los océanos aumentó en 19 centímetros entre 1901 y 2010 y puede llegar a 82 centímetros en 2100, concluyendo que los gases de efecto invernadero han aumentado a niveles sin precedentes en los últimos 800 mil años (IPCC, 2013). No cuesta recordar que el estudio del Instituto de Responsabilidad Climática de Colorado revela que menos de 100 empresas son responsables por dos tercios (66 por ciento) de las emisiones actuales de GEE (Heede, 2013).

Como ya no está en cuestión la realidad *humana*, por tanto reversible, del cambio climático, la atención, además de fortalecer medidas para contrarrestar el efecto invernadero, se vuelve a tratar de identificar los impactos directos (como el aumento de la frecuencia e intensidad de fenómenos meteorológicos extremos como huracanes, lluvias torrenciales e inundaciones) e indirectos (entre otros, en la calidad del aire y del agua y en la producción de alimentos), además de las perturbaciones económicas y políticas provocadas por disputas en el acceso a recursos y el desplazamiento forzado de poblaciones por desastres climáticos. En todo el mundo, aproximadamente 700.000 personas han perdido la vida en desastres naturales entre 1990 y 2000. Esta cifra, considerada por muchos como una subestimación, fue menor que en la década previa. Pese a ello, la cantidad de incidentes, su intensidad, el número de personas afectadas y las pérdidas económicas excedieron los niveles de la década de los ochenta. Tal es así que mientras el número promedio de personas afectadas por año entre 1981 y 1990 era de 147 millones, esta cifra subió a 211 millones anuales en el periodo entre 1991 y 2000 (IFRC, 2001).

La mayor seriedad de los desastres ha sido el resultado del cambio climático y de los consecuentes fenómenos meteorológicos extremos, que representan más de la mitad del número total de "desastres". Cifras cercanas a 90 por ciento de las víctimas y por lo menos 85 por ciento del total de pérdidas económicas se encuentran en los países en vías de desarrollo. Estudios más recientes indican que los "desastres naturales" –más bien

“fenómenos naturales que se transforman en desastres por la acción humana—han quitado la vida de 530 mil personas en todo el mundo en lo que va de la década, las más caliente en el registro histórico, y han causado pérdidas económicas que alcanzan los 2.5 billones de dólares (Kreftly Eckstein, 2013).

Dominan aún las preocupaciones hoy día el aumento esperado de las enfermedades transmitidas por vectores como la dengue, la fiebre amarilla y la leishmaniosis, como también las provocadas por agua o alimentos contaminados como cólera, diarreas agudas, leptospirosis y toxoplasmosis. Se pronostica asimismo el incremento de enfermedades crónicas y no transmisibles como las cardiovasculares y respiratorias. La pérdida de biodiversidad debe poner entre 20 y 30 por ciento de las especies vegetales y animales conocidas en peligro de extinción. Independiente del impacto global sobre la diversidad biológica, causa creciente y especial aprensión la extinción de especies que son fundamentales para la existencia de la agricultura, como las abejas y los murciélagos y su rol fundamental en el proceso de polinización.

Son también conocidas las estimativas disponibles respecto de los costos económicos asociados al cambio climático, del orden de 2.5 mil millones de dólares anuales, cercano al 5 por ciento del PIB mundial. Tan solo en la ciudad de Rio de Janeiro, se considera que los desastres vinculados a variaciones extremas en el clima provocaron 25 mil millones de dólares en los últimos 10 años, mientras la pérdidas para la agricultura brasileña pueden llegar a 8 mil millones de dólares en 2020. Se calcula que el costo económico para México podría representar el 30 por ciento del PIB, con entre 1 y 8 por ciento del PIB tan solo para mitigar las consecuencias actuales del cambio.

Quizás lo más grave y que caracteriza el debate actual refiérase al interrogante de si el planeta ya alcanzó o estaría cercano a cruzar un umbral de cambio cuyas consecuencias ya no podrían ser reversibles aunque cesaran las emisiones actuales de gases de efecto invernadero. El Informe más reciente del IPCC, de 2013, señala que el nivel de los océanos alcanzó el promedio de 3.2 milímetros al año, el doble de lo registrado en el siglo pasado. Se ha subrayado, además, que por primera vez se ha superado el umbral de 400 partes por millón (ppm) de concentración de dióxido de carbono en la atmosfera. Ello hace inevitable que las temperaturas promedio del planeta lleguen a 2 grados Celsius, tornando irreversible el cambio climático y sus consecuencias devastadoras, aunque lográsemos disminuir fuertemente las emisiones de gases de efecto invernadero en un futuro cercano.

En materia de buenas noticias, posiblemente la única información positiva reciente ha sido constatar que el uso de sustancias que destruyen la capa de ozono ha disminuido a tal punto que ya se considera que ésta pueda recomponerse por sí misma. Igualmente auspiciador y no menos importante ha sido comprobar la incorporación definitiva de la preocupación ambiental y la adhesión al desarrollo sustentable de parcelas significativas de la población en todo el mundo. Sucesivas encuestas de opinión revelan, a cada año, que la mayoría de la población, además de valorar la sustentabilidad y el consumo consciente, manifiesta coherencia entre el discurso y la práctica al estar dispuesta a pagar un precio más elevado por productos menos nocivos al medio ambiente y producidos bajo criterios de responsabilidad social y ambiental.

Sobre ese particular, estaba cubierto de razón Dwight Eisenhower al despedirse de la Presidencia de los Estados Unidos, cuando denunció los peligros de la conformación de un complejo industrial-militar en circunstancias en que los pueblos estaban cansados de la guerra y de la consecuente militarización de la sociedad. Los deseos de paz se hacían sentir con tal intensidad, decía Eisenhower, que “uno de esos días los gobiernos deberían quitarse del camino y dejar que ellos [los pueblos] la disfruten” (Lyon, 1974). Las advertencias de Eisenhower siguen vigentes y aún más oportunas en el mundo actual. Además de la creciente subordinación de la agenda internacional a los dictámenes de una dudosa y hegemónicamente interesada lucha anti-terrorismo, las encuestas indican que los gobiernos, las grandes transnacionales y los señores del capital financiero especulativo deberían también quitarse del medio y permitir que los anhelos de sustentabilidad manifestados por los pueblos puedan tornarse realidad.

4. EL TURISMO COMO MERCANCÍA Y VECTOR DE DESAGREGACIÓN SOCIO-AMBIENTAL

Lilia Zizumbo sugiere con propiedad que el turismo ofrece teóricamente una alternativa de desarrollo para comunidades rurales y contribuye para contrarrestar los efectos perversos del proceso de globalización. Para que eso se confirmara, hacía falta en tanto la acción del Estado para promover la actividad turística, sobre todo en zonas marginadas y caracterizada por situaciones de pobreza y exclusión (Zizumbo, 2010). Por desgracia, pero no por casualidad sino que más bien por diseño e intencionalidad, la promoción del turismo se ha concentrado en atraer capitales extranjeros y a privilegiar la acumulación privada antes que social. De ese modo, son las comunidades más marginadas del desarrollo y de la sociedad, precisamente las que revelan altísima resiliencia ante la escasez de recursos naturales y económicos y se aferran a vivir del producto de la agricultura y de la pesca, las que no se han beneficiado de la alternativa turística para asumir el rol protagónico de su propio desarrollo y autonomía.

Como señala Lilia, pese a que el turismo ha tenido un crecimiento ininterrumpido de 4-5 por ciento anual durante la segunda mitad del siglo pasado, y que se proyecta el mismo ritmo de incremento en el futuro, “muchas comunidades que se encuentran insertas en esa dinámica distan mucho de recibir los beneficios que dicha actividad genera, y tienen problemas sociales y culturales”. De igual modo, sin desestimar casos significativos en que el turismo permitió el surgimiento de un nuevo sistema productivo fundado en la economía social, “no es posible generalizar que el turismo esté garantizando el desarrollo local/regional, debido a que su desarrollo ha afectado a múltiples sectores de las poblaciones locales, y ha permitido la generación de nuevos grupos de poder” (Zizumbo, 2010).

Tratando de analizar las alternativas de promoción de la actividad turística *desde arriba* o desde las comunidades locales, Neptalí Monterrosos sigue en esa misma dirección y sostiene que las propuestas desde arriba suponen satisfacer el patrón de vida en las zonas rurales, empero se logre únicamente cuando estas encajan en el sistema capitalista mundial bajo los dictámenes del paradigma neoliberal, “lo cual no necesariamente coincide con el cambio en las condiciones de vida de la mayoría de los pobladores locales”. Más recientemente, los organismos financieros y técnicos internacionales

propugnan por una “nueva ruralidad” o nuevo “desarrollo territorial rural” para, desde el punto de vista del capital, tratar de atender a las demandas insatisfechas de la población rural. Como suele suponer, los nuevos paradigmas promueven el turismo como una vía para alcanzar los supuestos beneficios de esa nueva ruralidad. Si bien es cierto que, desde abajo, existen muchos ejemplos de comunidades que promueven el turismo rural como estrategia alternativa de supervivencia, la lógica del capital sigue dominando (Monterroso, 2010).

La instrumentalización de comunidades y organizaciones para apoyar proyectos de turismo que son del interés de inversionistas privados, por lo general, ha beneficiado el capital en desmedro de las poblaciones involucradas, más bien impactadas negativamente en su supervivencia. Tomando como ejemplo el Mundo Maya, cuyos estudios demuestran que los proyectos dicho *ecoturísticos* no han logrado generar el desarrollo rural sustentable que se esperaba y solo produjeron beneficios para un grupo reducido de inversionistas, Néptali concluye que el turismo puede contribuir para la mejoría de la calidad de vida en zonas rurales si “en lugar de domesticarlo a favor de los mercados se le convierte en un detonador de desarrollo de los pobladores rurales”. (Moterroso, 2010)

4.1. La mercantilización de la Naturaleza y del territorio

El Premio Nobel de Literatura José Saramago proclamó en una entrevista que “en este momento, la cosa más desechable del mundo es el ser humano”. A tal punto que, frente a tantas propuestas de solución, vía “legalización”, para un problema igualmente grave de la actualidad, cómo es el de las drogas, Saramago se declaraba más pragmáticamente “en favor de legalizar el pan, porque hay millones de personas a quienes se les están negando el derecho al pan” (Saramago, 2001). Sin desmedro de la crítica ácida que hacía Saramago al proceso de globalización, tampoco es correcto retratar todos los desafíos que siguen aquejando a la humanidad, especialmente los del deterioro ambiental, de la pobreza y de la ausencia de justicia social, como resultados únicos y exclusivos del proceso de globalización.

Al fin y al cabo, como lo ha sugerido más de un experto, no se debe llegar al extremo de afirmar que “*todo lo que no sea explicado por la corriente El Niño puede ser imputado a la globalización*”... Debiera ser suficientemente claro que muchos de los problemas actuales no han sido provocados por la globalización, aunque se hayan visto profundizados y generalizados sin duda gracias al proceso de “mundialización” económica, social y cultural que funciona como una especie de cinta transportadora, y megáfono a la vez, de muchas insuficiencias que son propias del desarrollo local (Guimarães, 2006).

Quizás uno de los aspectos más perniciosos de la globalización, además de los ya señalados, hay sido la tendencia avasalladora *amercantilizar* la Naturaleza. Las ya mencionadas “soluciones” a la crisis ambiental como el Protocolo de Kioto (para la crisis climática) y la “economía verde” (para la crisis de insustentabilidad), entre muchas más, no hacen más que reforzar una ofensiva especulativa, financiera y corporativa sobre el territorio y los bienes comunes de la humanidad. Son múltiples las propuestas de construcción de indicadores y de formulación de medidas para cuantificar y, más que valorar, atribuir un precio a los recursos y servicios ambientales. El turismo, por supuesto

representa tal vez el ejemplo más acabado de la mercantilización de territorios, pueblos y funciones ambientales a ultranza.

Se ha tratado de enmascarar el tradicional turismo masivo con el nuevo agregado de “sustentable”, más exclusivo, de bajo impacto socio-ambiental y cultural, y que estaría direccionado, además de permitir a los visitantes el usufructo de paisajes naturales, elementos de flora y fauna y el contacto e intercambio con costumbres y prácticas culturales locales, a promover el desarrollo de las comunidades locales. La realidad parece afianzar entretanto los análisis de que la (re)valorización de los territorios como destinos turísticos solo ha resultado en mayores ganancias para inversionistas privados, en su mayoría representados por capitales extranjeros y con fuerte concentración corporativa. La valoración misma que se hace de los destinos de ese “turismo sustentable” se hace bajo la lógica no de las comunidades locales, sino de las dinámicas culturales y sociales de los lugares de origen. En un sentido complementario, el *ocio* cuyas actividades de turismo supuestamente satisfacen también se ha transformado en una suerte de “fetichismo de la mercancía” posmoderno que haría ruborizar hasta Karl Marx. Mucho más que una oportunidad para el bienestar, placer y crecimiento espiritual de los individuos, los momentos dichos de recreo o de tiempo libre se han vuelto objetos de consumo, status y diferenciación social.

De hecho, pareciera que el turismo pone al descubierto que hace falta un “nuevo” Marx capaz de dar cuenta de las dinámicas actuales de acumulación capitalista. El nuevo “fetichismo de la mercancía” representado por la mercantilización de la naturaleza por la vía del turismo complejiza los conceptos tradicionales de acumulación basada en las condiciones de producción material de *plusvalía* producida por la explotación del trabajo. Se añade ahora una producción material de excedente sobre la base de una plusvalía “ambiental” representada por las ganancias producidas por la explotación de los recursos naturales, del paisaje y de los servicios ambientales. Ello dificulta el *aggiornamentode* las interpretaciones críticas de la Economía Política, entre otros, porque la naturaleza no constituye un actor social que pueda enfrentarse organizada y autónomamente al capital.

Asimismo, hace falta un “nuevo” Max Weber para dar cuenta de los desafíos que las nociones contemporáneas de “bienes comunes” anteponen al análisis social y a las políticas públicas. Si bien representó un avance la propuesta de Max Weber en relación a los conceptos que introdujo de “clausura” que encierran el acceso a mercados por medio de barreras y mecanismos monopolísticos en la disputa entre capital y trabajo, la realidad actual en que los bienes comunes exceden en valor a los bienes en circulación en la economía “real”, crematística y monetizada, ponen en jaque los mecanismos tradicionales de encierro o clausura que garantizaban el predominio monopolístico del capital.

Esa nueva modalidad de economía de “enclave” inaugurada en los países en desarrollo –en la tradición interpretativa inaugurada por intermedio de la Teoría de la Dependencia formulada por Enzo Faletto y Fernando Henrique Cardoso a fines de los años 1960—se ha vuelto uno de los polos de acumulación más dinámicos del capitalismo contemporáneo. En la actualidad, se estima que el turismo involucre a 900.000 turistas y genere 700 mil millones de dólares, o 300 veces más que en los años 1950. Tales enclaves entrañan concesiones masivas del Estado para la explotación de territorios, paisajes,

recursos y servicios ambientales para el disfrute de sociedades ajenas a la realidad socio-económica, ambiental, cultural y política local.

Ello transforma los territorios de los países en desarrollo en enclaves para el usufructo y acumulación de la riqueza externa entremedio de la ampliación de la pobreza de las comunidades locales y autóctonas y la degradación de los recursos y servicios ambientales vitales para su supervivencia y sustentabilidad. Por supuesto, las ganancias quedan en manos privadas en los países de origen de los turistas, mientras los costos de la precariedad laboral y de la generación de ingresos, como también los costos de mitigación de la degradación ambiental y del agotamiento de los recursos y servicios ambientales incrementan los pasivos de las comunidades locales y de los países en desarrollo (Bustos, 2008).

No por casualidad, se han transformado en importante "promotor" del turismo en los países en desarrollo la presión de los organismos financieros internacionales para la "liberalización" de regulaciones sociales y ambientales como forma privilegiada de promoción turística. Por lo general, tales políticas transforman a antiguos campesinos y propietarios de la tierra en "cuidadores" de un territorio que ya estuvo bajo su control y, una vez impelidos a vender sus propiedades, en empleados o prestadores de servicios a los grandes emprendimientos turísticos. En muchos casos, estos siquiera logran incorporarse aunque de modo subordinado en el mercado laboral del turismo, son impelidos emigrar y terminan por acrecentar el "ejército de reserva" que señalaba Karl Marx en su crítica a la Economía Política, en ese caso en las masas de trabajadores indocumentados en los países ricos.

La altísima concentración monopólica de sa nueva modalidad de acumulación representada por el turismo se revela, además, en el hecho de que hacia fines de los años 1970 prácticamente la mitad de los hoteles bajo control transnacional se encontraban en los países en desarrollo, y de las 26 mayores cadenas mundiales de hoteles solo una (la cadena Oberoi de India) tenía su base de operaciones fuera de los países avanzados. Hacia finales de los 1990 se estimaba que 13 empresas transnacionales controlaban la industria mundial de turismo, incluyendo operadoras, compañía aéreas, agencias de viaje y hoteles (Bianchi, 2002).

En muy resumidas cuentas, pareciera que la supuesta alianza entre el desarrollo local y el turismo internacionalizado se acerca a la proverbial alianza McDonald "jamón con huevos". Una alianza en la que el capital, tal como una gallina, pone sus huevos y los seguirá produciendo, mientras el cerdo, al contribuir con el jamón, empena nada más que su vida, sin posibilidades de seguir acumulando en el tiempo...

4.2. El turismo como promotor de intereses locales y como vector de desagregación

Para complementar esos breves comentarios, sin duda impresionistas, respecto del turismo, justificase reproducir un ejemplo positivo y uno negativo del impacto socio-ambiental de actividades turísticas, por coincidencia, ambos de México. El primero ha sido ofrecido por Víctor Toledo para el informe preparado a pedido del Foro de Ministros de Medio Ambiente de América Latina y el Caribe en 1999 (Guimarães, 2001), mientras el

segundo fue objeto de un trabajo desarrollado durante la estancia de David Manuel-Navarrete en Berlín en 2011-2012 (Navarrete, 2012).

Comunidades indígenas y hoteles 5 estrellas en Oaxaca, México (Victor Toledo)

Oaxaca es el estado bio-culturalmente más rico de México, ubicado en el primer sitio tanto por los conservacionistas, dada su extraordinaria riqueza de flora y fauna, como por los antropólogos, pues el 70 por ciento de su territorio se encuentra en manos de las comunidades indígenas que, pertenecientes a 12 principales culturas, son hablantes de 104 lenguas y dialectos. Oaxaca es también uno de las entidades más pobres y menos "modernizadas" del país, poniendo de manifiesto la reiterada incompatibilidad que existe entre los principios de la modernización industrial y las regiones de alta diversidad paisajística, biológica y cultural del planeta.

En su franja costera, Oaxaca es atravesada por la llamada Sierra Sur, la cual desciende abruptamente sobre una estrecha franja de planicie costera que normalmente mide entre 10 y 20 km de ancho. Mientras que las montañas de la Sierra Sur continúan siendo un área de refugio para cientos de comunidades indígenas, las planicies costeras se dedican a una agricultura de riego, pesca ribereña y, en las últimas décadas, para el desarrollo de nuevos polos turísticos. De esta forma, los habitantes de esa porción han visto emerger nuevos polos dedicados al turismo: Puerto Escondido, Puerto Angel y, más recientemente, Huatulco, un impresionante complejo de desarrollo megaturístico de carácter internacional.

Antes de ser lo que es hoy, Huatulco fue y sigue siendo la región habitada desde tiempos inmemoriales por varias culturas indígenas. De esa forma, la región alberga además de impresionantes hoteles cinco estrellas, unos 50,000 habitantes indígenas agrupados en 150 comunidades localizadas en unas 700,000 ha de montaña y en forma de pequeños asentamientos pesqueros de la línea de costa. Poco impactados por las actividades de una agricultura de subsistencia, los bosques que rodean las partes altas de lo que es hoy el polo megaturístico de Huatulco, permanecieron más o menos inalterados. En las última dos décadas, sin embargo, la cubierta forestal se vio seriamente afectada por diferentes fenómenos deforestadores, de tal suerte que a fines de los años 1990 una quinta parte de los bosques mantenían su estructura original. Para complicar el cuadro, en 1997 el Huracán Paulina derribó unos 6 a 7 millones de árboles, incrementando la deforestación alrededor de los cursos de los principales ríos y afectando al 66 por ciento de los hogares campesinos. Como resultado de este panorama, el abasto de agua en la zona costera descendió en un 28 por ciento entre 1986 y 1992, condenando a la Bahía de Huatulco a quedar sin agua hacia el año 2020, a menos que se modifiquen o reviertan las condiciones.

Impulsado por una ONG de carácter regional, el Centro de Soporte Ecológico (CSE), se gestó en la década de los 1990 un interesante proyecto regional alrededor del abasto del agua, en el que las comunidades indígenas de la porción alta de la cuenca y habitantes de las áreas donde se produce el agua, y los consumidores urbanos y turísticos de las partes bajas han logrado implementar acuerdos y mecanismos que permiten garantizar el suministro permanente del agua. Estos consensos se han logrado mediante la implementación de mecanismos de mercado justo, por los cuales las comunidades indígenas se comprometen a mantener y mejorar las "fábricas naturales de agua", incluyendo su calidad, mediante acciones de reforestación, control de la erosión y limpieza y cuidado de los afluentes, en

tanto que los hoteles (y otros usuarios urbanos) que emplean el agua compensan esas acciones mediante contribuciones en especie, apoyos a proyectos de conservación y agroecología y la compra de productos orgánicos (hortalizas y frutas) a precios preferenciales.

El hecho resulta significativo por inédito. El agua, un elemento clave de la naturaleza de Oaxaca, ha hecho posible la negociación entre el Sheraton y otros hoteles y las comunidades indígenas zapotecas. Este acuerdo entre partes se ha dado al margen de las leyes mexicanas (los recursos hidráulicos constituyen un patrimonio de la nación solo negociable a través de las instancias gubernamentales) y de manera directa (sin mediaciones o sanciones oficiales). Pero además ejemplifica un caso el que vecinos culturalmente (muy) distantes de un mismo territorio, logran establecer las bases para el manejo de una bio-región, en este caso, una cuenca hidrológica.

Nudos de poder y la topografía de la segregación turística en Akumal, Península de Yucatán, México (David Manuel-Navarrete)

Nudos de poder se entrelazan en el enclave turístico situado en la costa Este de la Península de Yucatán. Una evaluación espacial sumaria de este enclave revela una segregación de los trabajadores en relación al espacio turístico. Cuatro espacios diferenciados y separados son fácilmente observables: (1) Playa Akumal, un resort de propiedad y habitada en gran medida por ciudadanos estadounidenses; (2) Bahía Príncipe Resorts Residencial y Golf, un resort del tipo "todo incluido" y dos pueblos mexicanos, (3) Pueblo de Akumal y (4) Chemuyil, a tres kilómetros de distancia y cada uno habitado por más de mil Mestizos y Mayas. Esta división espacial implica desigualdades que se manifiestan en términos de desigualdad en el acceso a los espacios de valor, tales como playas o lagunas costeras, así como en la desigualdad de oportunidades para beneficiarse del turismo y a tener acceso a zonas de playa para recreación y vivienda.

Una inspección espacio-temporal más profunda revela que la zona fue durante siglos prácticamente despoblada, hasta el boom turístico de Quintana Roo de la década de 1980. Sin embargo, esto no ha sido siempre el caso. En la época precolombina, el Caribe Norte mexicano era un cacicazgo densamente poblado y contenía, Ekab, que contenía numerosas ciudades costeras dedicadas al comercio y la pesca costera. Fue con la invasión española de la península de Yucatán, en 1527-1545, que la población de Ekab comenzó su rápido descenso. Durante siglos, esta frontera separa la Yucatán colonial, donde la gran mayoría de los mayas yucatecos campesinos vivía, de los colonizadores británicos y africanos esclavizados hacia el Este. Hasta principios del siglo XX, esta frontera fue una fuente de tierra, junto con un grupo de indios, otorgada por el Rey de España a un soldado o colono español y albergó la resistencia maya contra la dominación cultural y la explotación económica de los europeos y las elites criollas. Como resultado, el norte de México Caribe se mantuvo relativamente desligado de las potencias coloniales y el gobierno hasta fines del siglo XX, cuando el gobierno re-significó y re-territorializó el Norte del Caribe mexicano, que ahora forma parte del nuevo estado de Quintana Roo, de acuerdo con las necesidades del turismo mundial. La playa de Akumal es generalmente considerada como el primer enclave turístico a surgir en Quintana Roo continental antes de la primera hotelera de Cancún se instalara en 1974.

La geometría de la segregación entremestizos y trabajadores mayas del espacio turístico en Akumal aparece en la superficie como el resultado directo de la territorialización consentidos por los trabajadores e impuesto por los gobiernos nacionales y estatales de acuerdo a las necesidades de capital del turismo mundial. Por un lado, el poder dominación se hizo más distante y difícil de alcanzar (más global, tal vez, pero centrado en los ámbitos de Europa), mientras que las posiciones de poder locales tuvieron que evolucionar y reinventarse a sí mismas con el fin de adaptarse tanto a la globalización del poder como a las nuevas formas de resistencia que provocó. Tales nexos de poder se reinventan en Akumal contemporánea en la medida que colonizadores de origen europeo se mantienen en posiciones de dominación, los mestizos (ahora en los roles de servidores de turistas) reposicionan sus estrategias de resistencia dentro del sistema nacional del PRI, y caciques (ahora como la pequeña burguesía mestiza) se unen a estas nuevas formas de resistencia mientras todavía busquen su beneficio personal.

Por otra parte, la transnacionalización tiene lugar con posiciones distantes del poder, como España, tratan de aumentar su control sobre el espacio local mediante la adopción de nuevos vínculos con el gobierno mexicano, con empresas madereras británicas, con el gobierno de Quintana Roo y con las empresas turísticas transnacionales. El territorio de Quintana Roo, de ese modo, se construye por medio de interacciones transnacionales recurrentes y de las prácticas de actores globales, vitales para la estabilización de las posiciones locales de dominación y de explotación-enclave. Por último, el caso de Akumal permite destacar en el análisis de los nudos de poder el rol de las discontinuidades y heterogeneidades socio-ecológicas que son inherentes a los espacios donde el poder dominación se enmaraña para producir patrones estables de explotación y acumulación. Hemos visto cómo la ecología del Caribe mexicano retrasó la ocupación española, mientras que sus bosques impenetrables y la falta de recursos minerales fueron cruciales para que los Maya desafiaran hegemonías europeas y mexicanas por siglos. España había logrado establecer un patrón estable de acumulación vía el sistema de haciendas, pero esto sólo funcionaba en las tierras secas del noroeste de la península. La globalización trajo consigo nuevas posibilidades de acumulación relacionadas con la explotación de los bosques por estructuras de acumulación británicas y estadounidenses que permitieron a la larga el establecimiento de una burguesía mercantil en la isla de Cozumel, polo pionero de desarrollo del turismo.

5. POR UNA NUEVA ÉTICA AMBIENTAL Y DE DESSARROLLO

Revertir las tendencias actuales hacia la disminución de la brecha entre individuos, grupos y países enteros de incluidos y excluidos, requiere de un marco de políticas que ponga el ser humano en el centro del desarrollo, un enfoque que considere el crecimiento económico como un medio para alcanzar mayores niveles de bienestar social, y jamás como un fin en sí mismo, que proteja la cualidad de vida de las generaciones actuales y futuras y, en definitiva, que respete la integridad de los sistemas que permiten la existencia de vida en el planeta.

Afirmar, por consiguiente, que los seres humanos deben constituir el centro y la razón de ser del desarrollo, implica abogar por un nuevo estilo de desarrollo que sea

ambientalmente sustentable en el acceso y uso de los recursos naturales, y en la preservación de la biodiversidad; que sea **socialmente** sustentable en la reducción de la pobreza y de la desigualdad, y en la promoción de la justicia social; que sea **culturalmente** sustentable en la conservación del sistema de valores, prácticas y símbolos de identidad que determinan la integración nacional a través del tiempo; y que sean **políticamente** sustentable al ahondar la democracia y garantizar el acceso y la participación de todos los sectores de la sociedad en la toma de decisiones.

Este nuevo estilo está orientado por una nueva **ética** de desarrollo, una en la que los objetivos económicos de crecimiento se subordinan a las leyes que rigen el funcionamiento de los sistemas naturales, y se subordinan también a los criterios de respeto a la dignidad humana y de mejoramiento de la calidad de vida de las personas (Guimarães, 2001).

En uno de los estudios más aclamados en años recientes, incluso con el Premio Pulitzer, Jared Diamond (2005) logra identificar los motivos que llevaron al fracaso sociedades en el pasado, hasta llegar a su extinción, desde la Isla de Pascua a lo Mayas, pasando por los pueblos Vikingos en Groenlandia y los Anasazi en los EEUU., todas sociedades muy avanzadas para su época pero que, pese a su fortaleza social, tecnológica, económica y hasta militar, fenecieron por no saber reconocer los límites socio-ambientales de sus patrones de desarrollo y ajustar su destino acorde con las nuevas realidades. Los fundamentos más relevantes para que una sociedad *elija el fracaso* en las palabras de Diamond son explicados por su fracaso en (1) anticipar, (2) percibir, (3) comunicar y (4) actuar frente a las amenazas internas o externas, de cualquier modo relacionadas básicamente con el deterioro socio-ambiental.

Haciendo uso de esa interpretación histórica, se puede decir que la sociedad actual no ha fracasado en *anticipar e percibir* los cambios ambientales globales y la creación. Los sucesivos informes del IPCC desde 1992 a la fecha, entre muchas otras instancias, lo demuestran a cabalidad. La ciencia, de la mano con la sociedad, tampoco ha fracasado en *comunicar* las amenazas a los dueños del poder, como atestiguan las diversas cumbres mundiales sobre medio ambiente y las reuniones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y del G-7 dedicadas exclusivamente a tratar del cambio climático. No cabe duda que el fracaso actual se debe únicamente a la *inacción* de los líderes mundiales que se rehúsan a adoptar las acciones necesarias para evitar el desastre y privilegian sus intereses geoeconómicos de corto plazo en desmedro de la comunidad y de las generaciones futuras.

Corresponde por eso mismo preguntarse hasta cuándo vamos a seguir adoptando el discurso del desarrollo sustentable para enmascarar la mantención del status quo que solo llevará a la Isla de Pascua, ahora global, al desastre. Al fin y al cabo, como también señala Jared Diamond, "tal vez el secreto del éxito o fracaso esté en saber identificar cuáles son los valores fundamentales a preservar y cuáles deban ser desechados y sustituidos por nuevos según la exigencia de los tiempos. Sobre todo el coraje de adoptar decisiones difíciles en el corto plazo porque contradicen prácticas seculares pero, a la larga, garantizan estadios superiores de civilización y bienestar.

Desafortunadamente, la globalización que trajo tantos beneficios al mundo contemporáneo ha vuelto la sociedad actual radicalmente distinta de las del pasado,

transformando a todos en habitantes de una Isla de Pascua global y que se confunde con el propio planeta Tierra. Si y cuando sobrevenga el colapso, de hecho más temprano que tarde, por primera vez en la historia será la humanidad entera, globalizada, mundial, quien habrá de sufrir sus efectos y, por ende, ver desaparecer formas de vida civilizada en sociedad.

La persistencia e incluso el agravamiento de las varias formas de desigualdad e inequidad global y nacional ya no pueden ser toleradas por una sociedad que pretende ser civilizada. Gracias a una riqueza mundial sin paralelo en la historia de la humanidad, gracias a la creciente disponibilidad de recursos financieros y de ingenio científico y tecnológico, ya no quedan excusas para que la mayor parcela de la población mundial viva en condiciones de exclusión y de pobreza. Las políticas macroeconómicas ya no pueden seguir desconectadas de la lucha por ampliar el mundo de bienestar y de la equidad hacia todos los territorios y sectores sociales.

Más temprano que tarde, todos tendrán que pagar el precio de la irresponsabilidad social y ambiental. Acaso el recrudecimiento de la violencia y del terrorismo represente nada más que la punta visible de un iceberg esperando por hacer naufragar la globalización que tantos progresos ha logrado en diversos ámbitos. Los comentarios introducidos hasta aquí conducen naturalmente al meollo del desafío actual, es decir, la necesidad de una nueva *ética* de desarrollo.

Clive Lewis, uno de los más respetados teólogos del Occidente y autor de obras clásicas de la literatura infanto-juvenil como las siete *Crónicas de Narnia* publicadas originalmente entre 1950 y 1956 (Brennan, 2010) fue responsable también por uno de los análisis más bien articulados sobre las complejas relaciones entre sociedad y medio ambiente, escrito en una época en que los temas ambientales todavía no ocupaban la atención pública como hoy. En resumidas cuentas, Lewis logró demostrar que lo que creemos que sean nada más que las consecuencias ambientales de la forma como los seres humanos utilizan los recursos del planeta son, en verdad, predeterminadas por el patrón de relaciones entre los propios seres humanos. En sus propias palabras, "lo que nosotros llamamos de poder del Hombre sobre la Naturaleza es el poder de algunos hombres sobre otros hombres, utilizando la naturaleza como su instrumento" (Lewis, 1947).

5.1. Los colores primarios de la ética y sus fundamentos *ecopolíticos* de poder

Constatar que el medio ambiente tan solo refleja las relaciones entre seres humanos impone el reconocimiento, sobretodo ético y *ecopolítico* (Guimarães, 2012) de que las situaciones de degradación ambiental revelan nada más que inequidades de carácter social y político (los patrones de relación entre los seres humanos y la forma como está organizada la sociedad en su conjunto), como también distorsiones estructurales de la economía (los patrones de consumo de la sociedad y la forma como ésta se organiza para satisfacerlos, es decir, los patrones de producción). De ser así, las posibles soluciones a la actual crisis de civilización vía el desarrollo sustentable se las habrá que buscar en el propio sistema social, y no en base a alguna magia tecnológica o de mercado. Como indicaba de forma inequívoca el documento preparado por el gobierno brasileño para Rio-92: "nunca estará demás recordar que en situaciones de extrema pobreza el ser humano empobrecido, marginalizado o excluido de la

sociedad y de la economía nacional no posee ningún compromiso para evitar la degradación ambiental, si es que la sociedad no logra impedir su propio deterioro como persona" (Guimarães, 1991).

Al centrar la atención en las interrelaciones Hombre-Naturaleza, Clive Lewis revela una "ética primaria" en la vida en sociedad. Tal como se puede "forjar" diversos matices de color, nunca podremos "crear" de hecho un color nuevo puesto que solo existen los tres "colores primarios" tal como se aprende en el liceo: rojo (o magenta), azul (o ciano) y amarillo. Es cierto que existen también los llamados "colores secundarios" verde, naranja y púrpura, pero estos nada más son que la combinación de los tres colores primarios. De igual modo, Lewis comprueba por medio de ejemplos por lo demás bastante pedagógicos que existe una ética primaria común a todos los seres humanos, atemporal, transcultural, el *Tao*, la vía, el gran camino o aún el camino de la naturaleza, que resumen los fundamentos para las enseñanzas de Lao-Tsé (1324-1408 AC) y Confucio (551-479 AC). Entre los pilares de esa ética se encuentran, entre otros, "no haga a los demás lo que no le gustaría que hicieran a usted" (Ley de la Compasión), "los seres humanos existen para el bienestar de todos y deben solo hacer el bien entre sí" (Ley de la Beneficencia), "elija una pérdida antes de un beneficio deshonoroso" (Ley de la Justicia), "tan injurioso cuanto producir daño es no proteger a todos de un daño" (Ley de la Magnanimidad).

Pese a que la exegesis de la ética tal como expuesto puede parecer casi religiosa o mística y rechazar una supuesta "racionalidad" que guía las acciones de los individuos en sociedad, estudios antropológicos y de psicología social evidencian la naturaleza intrínsecamente humana de la ética. De hecho, humana pero también presente en el mundo natural. Como indica Jonathan Haidt, llega a ser una revelación "chocante" darse cuenta que la racionalidad requiere de pasión y de creencias valóricas para existir: "la cabeza no puede siquiera hacer cosas racionales sin el corazón... cuando la pasión yace muerta, el siervo (racionalidad) no posee ni la habilidad ni el deseo de mantener el estado de cosas; todo se va a la ruina" (Haidt, 2012).

Encuesta tras encuesta de opinión constata que el comportamiento ético es tan profunda y socialmente sancionado que los individuos pautan sus acciones no solo por lo que creen que es lo correcto, sino mucho más por la imagen y la percepción que los demás hacen de sus acciones individuales y colectivas. Logrando trascender tanto la ética utilitarista como la ética instintiva, Haidt introduce una argumentación histórica para demostrar como los pilares de la ética y de la moral –cuidado, justicia, lealtad, autoridad y santidad– han ido desarrollándose a la par con la evolución de las especies, sin la cual tanto los seres humanos como en buena medida los animales no habrían llegado al estadio actual (Haidt, 2006).

En verdad, fue nadie menos que el propio Charles Darwin quien señaló, en su obra escrita en continuidad al pionero *El Origen de las Especies*, que "en última instancia, nuestro sentido moral o conciencia se convierte en un sentimiento muy complejo -- originario de los instintos sociales, en gran parte guiado por la aprobación de nuestros semejantes, gobernados por la razón, el interés propio, con el pasar del tiempo por un profundo sentimiento religioso, y confirmados por instrucciones y hábitos" (Darwin, 1909). El codesarrollo de la moral, la ética y la evolución de las especies hasta tornar innatos muchos comportamientos y habilidades data de casi dos millones de años. Son

innumerables los estudios arqueológicos que demuestran que algunas herramientas, inicialmente inventadas por homínidos en África Oriental pudieron ser encontradas por más de un millón de años en todas las partes de África, Europa y Asia, y su forma prácticamente sin variación indicaría que no fue transmitida culturalmente, sino que el conocimiento para su producción se tornó innato, del mismo modo que es “automático” para un castor construir una represa (Haidt, 2012).

Otros estudiosos como el primatólogo holandés Frans de Waal sugieren que la moral es de hecho mucho más antigua y anterior a la religión (De Waal, 2013). A partir de sus investigaciones sobre primates, De Waal recuerda que si bien la biología pueda ser invocada para justificar el comportamiento egoísta, ha sido la misma evolución de las especies que produce la pertenencia y amalgama que une los miembros de una sociedad, tanto entre los humanos como las especies del reino animal. Por añadidura, el comportamiento ético y la empatía termina prevaleciendo por sobre el egoísmo y responde a una historia evolucionaria de hace millones de años (De Waal, 2009).

La importancia de los estudios como los de Haydt y De Waal, tomados en conjunto con las enseñanzas de Clive Lewis, está en ofrecer un norte para superar el reduccionismo economicista que terminó por domesticar el desarrollo sustentable. Si es correcto reconocer que la “selección natural” ha ajustado todos los organismos vivos para mejor explotar los recursos naturales y los servicios ambientales para garantizar la supervivencia de las especies, no es menos acertado reconocer que el desarrollo tecnológico y la dominación del medio ambiente nos pone ahora ante la perspectiva del desastre. De ser así, la prudencia exige que, por una parte, sepamos reconocer que las tendencias destructivas del comportamiento humano responden a la exacerbación de procesos adaptativos adquiridos a lo largo de la historia evolucionaria, a saber, (1) la tendencia al interés egoísta, (2) la motivación por status relativo más que absoluto, (3) la propensión a copiar inconscientemente el comportamiento de los demás, (4) la predisposición para ser cortoplacista, y (5) la inclinación por desechar preocupaciones impalpables (Griskevicius, Cantú y Van Vugt, 2012).

Así como la perspectiva evolucionista sugiere los elementos ancestrales de la naturaleza humana que han llevado a comportamientos auto-destructivos y a erigir los problemas socio-ambientales en la actualidad, solo el uso adecuado de los aspectos positivos de esa misma naturaleza podrán hacer posible un desarrollo sustentable que supere las insuficiencias todavía vigentes. Mucho más que imponer desde arriba, tecnocrática, moral o religiosamente, normas de conducta sustentable, cabe a los tomadores de decisión fortalecer tendencias latentes como la combinación entre status relativo (por ejemplo, promoviendo el bienestar por encima de la riqueza), la mimetización de comportamientos (por ejemplo, por medio del consumo consciente) y el interés individual (por ejemplo, por medio de prácticas colectivas de satisfacción de necesidades) que logren incorporar de forma natural las diversas expresiones del desarrollo sustentable en arquetipos compartidos en el “consciente colectivo” de Carl Jung.

5.2. Ciudadanía Socio-Ambiental y una nueva definición de Desarrollo Sustentable

La “nueva” ética ambiental y de desarrollo tal como esbozada aquí pone en entredicho muchas discusiones economicistas para la superación de la insustentabilidad como la “economía verde”, “economía de bajo carbono”, “incentivos fiscales ambientales”, y muchas otras. De igual modo y con más intensidad, proyecta el foco de la atención social en *humanizar* el crecimiento económico por medio de la eliminación de los subsidios perversos (que favorecen el consumo insustentable, el status y el consumo conspicuo), la desdolarización de las decisiones públicas, la domesticación del mercado en favor de la sociedad, el fortalecimiento del Estado y de los espacios públicos de toma de decisiones y el fortalecimiento de la agenda internacional por la vía del multilateralismo y el repliegue de foros privilegiados de formulación de políticas como el G-7, G-20, los BRICS, APEC, etc. En definitiva, disloca el eje de la producción de riqueza y la acumulación de bienes hacia la realización del bienestar, de la equidad, de la justicia socio-ambiental y de la mejoría de las condiciones de vida para las generaciones actuales y futuras.

Un cambio importante en esa dirección es el de cambiar la comprensión sobre el significado mismo del desarrollo sustentable. La definición propuesta por la Comisión Brundtland y consolidada en foros internacionales tuvo un papel importante para la incorporación de la sustentabilidad en la agenda pública. Sin embargo, la realidad la ha sobrepasado y los nuevos desafíos requieren de un pensamiento radicalmente distinto. Quizás lo más sugestivo sea lo que ha sido propuesto por el Premio Nobel y creador del Índice de Desarrollo Humano, AmartyaSen. Según su definición, el desarrollo sustentable es aquel que “preserva y expande las libertades de los individuos sin comprometer la posibilidad de las generaciones futuras de ejercer libertades similares o aún mayores”.

La crítica de AmartyaSen a la definición Brundtland de sustentabilidad parte de una aproximación claramente ética y política, o sea una aproximación ética fundada en el poder. En primer lugar, al centrarse en la satisfacción de *necesidades*, la definición original hace tabla rasa del hecho de que lo que mueve al ser humano son valores como la estética, la belleza, la felicidad y los sentidos. Las “necesidades” están siempre subordinadas a ellos. Suficiente con preguntar a un parisino si estaría dispuesto a echar abajo la Notre Dame o el Louvre porque atraban el tránsito vehicular y ocupan un espacio urbano vital para mejorar la vida de los habitantes de la ciudad Luz. No creo tampoco que los habitantes de Río de Janeiro, los “cariocas” estarían dispuestos a demoler el Pan de Azúcar aunque se comprobara que contiene un metal rarísimo y cuya explotación económica resolvería todos los problemas de pobreza en la Capital del Carnaval. En otras palabras, tanto el Louvre como la Notre Dame hacen parte de la identidad parisina como el Pan de Azúcar de los cariocas, y estos no estarían dispuestos a cambiar lo que valoran en su paisaje por la “satisfacción de necesidades”, sea cual fuesen.

Además, la “libertad” también es valorada mucho más que la necesidad. Pregúntese a un adolescente que se rehúsa a contribuir para los afanes domésticos lavando la loza del almuerzo, aunque a cambio de una mesada más generosa, si estaría dispuesto a pasar 4 horas lavando loza en un restaurante por un sueldo y la respuesta será diametralmente opuesta. Obviamente, el trabajo remunerado afuera le otorga grados de libertad que el trabajo familiar, doméstico no provee.

Por otro lado, de un modo sutil, la definición corriente de desarrollo sustentable discurre sobre los seres humanos como si estos fuesen *pacientes*, desprovistos de poder y sometidos a los dictámenes de la política de los poderosos, llenos de necesidades y dignos de misericordia y caridad, y no como *agentes* sujetos de su propio destino y que, por ende, merecen respeto antes que compasión. Esa sutil domesticación del desarrollo sustentable, ya en su propia concepción, se puede fácilmente desenmascarar. Suficiente con imaginar el tipo de recepción que tendría una propuesta de cambiar la “lucha contra la pobreza” (yo por lo menos no tengo nada en contra de los pobres) y sustituirla por la “lucha contra la riqueza” (al fin y al cabo, se hace difícil disminuir la pobreza sin extraer recursos de los ricos).

Tiene razón Amartya Sen, el desarrollo sustentable guarda estrecha relación con *derechos* y muy poco o nada con *necesidades* y, por lo mismo, debe ser concebido como la expresión y el resultado del ejercicio de *libertades*. En ese sentido, el ejercicio de libertades impone la responsabilidad en hacerlo, todo lo cual conlleva a la noción de *poder*. No el poder popularmente conocido como la expresión de dominio o potestad de unos individuos sobre otros, sino el poder más íntimamente humano, el poder de hacer o dejar de hacer daño a alguien o a alguna especie. Como recuerda Amartya Sen, ese tipo de poder es el que más se acerca al amor maternal, incondicional.

En efecto, la misma madre que es capaz de dar su vida para proteger a su pequeñuelo (indefenso) puede entregar su hijo adolescente (apto para defenderse) a las autoridades por su vinculación con el crimen tráfico de drogas. Esa interpretación permite, además, extender la ética ambiental a las generaciones futuras y a las demás especies. Es deber moral y ético garantizar las posibilidades de vida digna y de felicidad de las generaciones futuras, como asimismo de nuestros socios en la naturaleza no por los beneficios que ello nos pueda propiciar a los humanos o por sometimiento a algún dogma religioso de lo que constituye un comportamiento “correcto”. Esa obligación ética resulta del poder del ser humano de infligir daño a quienes no poseen la facultad ni los medios para defenderse de nuestras agresiones.

Esa nueva percepción sobre el significado más profundo de desarrollo sustentable requiere de la construcción de una *ciudadanía socio-ambiental* que confiera las semillas sociales necesarias para hacer florecer las raíces éticas de la sustentabilidad. Tal como señalado anteriormente, se hace indispensable promover la democratización del Estado y de los escenarios de decisión pública, y es el ejercicio cotidiano de la ciudadanía que permite cimentar y fortalecer las aludidas libertades.

Además de la herencia cultural y política de la formación social de Latinoamérica, la evolución reciente revela el profundo divorcio entre Estado y Sociedad. Tanto las marcas de un largo periodo autoritario en muchos países de la región como la inestabilidad que caracteriza el proceso de reconstrucción democrática desde fines del siglo pasado apuntan en la misma dirección. La sociedad, con diferentes niveles de organización autónoma, sigue presentando distintos grados de atomización y anomia. Pese a la creciente capacidad de movilización de los movimientos sociales, las organizaciones de la sociedad civil todavía no logran proyectarse en la sociedad política, mientras las organizaciones políticas no reflejan la pluralidad de intereses sociales,

permitiendo con ello el predominio de prácticas clientelistas y corporativistas de articulación de intereses.

En definitiva, para que el futuro deseado por amplias mayorías pueda completar el largo proceso de conquista de derechos civiles, políticos y económicos y ambientales, se hace urgente construir la necesaria ciudadanía socio-ambiental para afrontar retos que se han ido acumulado tras siglos de rentismo socioeconómico y escaso compromiso con la solidaridad inter e intra-generacional. Solo el ejercicio de esa ciudadanía en el cotidiano de las personas irá posibilitar la participación de la sociedad en el proceso de definición de prioridades de desarrollo, advertir sobre tendencias que amenazan el bienestar actual e introducir ajustes necesarios para garantizar un futuro más equitativo y solidario entre individuos, sociedades nacionales y las relaciones con la naturaleza.

La ciudadanía socio-ambiental constituye por tanto el espacio más adecuado para que consumidores extiendan la noción tradicional de habitante de una urbe que disfruta de plenos derechos civiles y políticos para incluir también los derechos y deberes de los ciudadanos en la defensa de la vida en todas sus formas y expresiones bajo la ética del consumo consciente y solidario.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

Al proyectar en el largo plazo la realidad de poder entre seres humanos, con las consecuentes implicaciones para la forma como estos incorporan la naturaleza, la situación actual se perfila más delicada aún. En efecto, tal como las relaciones de poder son sincrónicas, existe también una asimetría de poder diacrónica, inter-generacional. En otras palabras, cada generación ejerce poder (la forma como hace uso de la naturaleza) sobre las generaciones subsiguientes, mientras éstas, al modificar el patrimonio natural heredado, resisten y tratan de limitar el poder de sus antecesores.

Ese proceso, repetido hacia el infinito termina por acarrear no a más poder sobre el mundo natural, sino que todo lo contrario, a más precariedad de la propia sociedad humana. Cuánto más posterior es una generación, y, por definición, cuánto más ésta vive en un tiempo cada vez más cercano a la extinción de las especies (al acercarse al infinito), menor será su poder sobre la naturaleza, es decir, su capacidad de ejercer poder sobre otros seres humanos. Como concluye en forma brillante Clive Lewis en una época en que la sustentabilidad todavía *no* estaba de moda, "la naturaleza *humana* será la última parte de la Naturaleza a rendirse al hombre... y los sometidos a su poder ya no serán hombres; serán artefactos. La conquista última del Hombre será de hecho la abolición del hombre..."

Si la sobriedad exige reconocer que el tiempo se está realmente agotando para la humanidad y, en el extremo, para la propia vida en el planeta, en especial luego del fracaso inmoral de todas las Cumbres Internacionales sobre medio ambiente y desarrollo sustentable desde el 2002 a la fecha, la ética de la sustentabilidad impone subrayar que las generaciones futuras no nos irán a perdonar si seguimos actuando como la orquesta del Titanic en los momentos finales antes del naufragio.

Ha pasado el tiempo de, travestidos de Estragon y Vladimir, seguir esperando al Godot de la sustentabilidad mientras persiste *ad nauseam* el debate retórico, política y hegemonicamente interesado, respecto de la ciencia, de la gobernanza o de los actores

necesarios para promover los cambios necesarios para superar la actual crisis de civilización. Por más que uno acepte que todavía hay mucho que avanzar en materia de conocimiento, instituciones y mecanismos para la sustentabilidad, los pueblos ya están cansados de saber cuáles son los desafíos más urgentes, los responsables y las políticas para superarlos, como asimismo los actores y prácticas –o la *voluntad* política– que no permiten el cambio.

Afortunadamente, la poesía de Antonio Machado nos enseña que “caminante, no hay camino, el camino se hace al andar”, y todavía podemos cambiar el curso de la agenda internacional que haga posible construir una realidad de sustentabilidad en lo económico, ambiental, social, cultural, político y, por encima de todo, ético. Aun así, se requiere ser consecuente con el discurso. Como afirmó la Embajadora de Granada, Dessima Williams, quien Preside la Alianza de los Pequeños Estados Insulares, en un encuentro científico internacional antes de Rio+20, “venimos acá como embajadores del Planeta para alertar a las sociedades occidentales que necesitamos de acciones, y de acciones AHORA” (Guimarães y Fountoura, 2012a).

Esperemos pues, a semejanza de lo que, por fortuna, sobrevino a los ocupantes de la nave Apollo 13, y contrariamente a las probabilidades más evidentes en ese momento, que logremos aterrizar en seguridad la nave Tierra en el territorio de la sustentabilidad. Antes que sea demasiado tarde.

REFERENCIAS

- Beckett, S. 1995. *Esperando a Godot*, Barcelona: Editorial Tusquets.
- Brecht, B. 2004. *80 Poemas y Canciones*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Brenna, H., ed. 2010. *Through the Wardrobe: Your Favorite Author on C. S. Lewis' Chronicles of Narnia*, Dallas: BenBellaBooks.
- Brundtland, 1987. *Our Common future: From One Earth to One World*, Nueva York: Oxford University Press.
- Bianchi, R. V. 2012. “Towards a New Political Economy of Global Tourism”, *Tourism and Development: Concepts and Issues*, R. Sharpley y D. J. Telfer, (Eds.). Bristol, Inglaterra: Clevedon, Channel View Publications, 265-299.
- Bustos, J. Z., 2008. *Sol y Sombras* vídeo, Nicaragua: Fundación Luciérnaga.
- Cúpula Dos Povos. 2012. *Deleting Our Rights, Bracketing Our Future*, versión electrónica: <<http://www.cupuladospovos.org.br/en/2012/03/deleting-our-rights-bracketing-our-future/>>.
- Darwin, Ch. 1909. *El Origen del Hombre: La Selección Natural y la Selección Sexual*, Valencia: F. Sempere Editores.
- De Santiago, L. G. 2002. *La Gobernabilidad en América Latina en el Siglo de la Globalización*, Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, Tesis de Maestría.
- De Waal, F. 2013. *The Bonobo and the Atheist: In Search of Humanism Among the Primates*, Nueva York, W.W: Norton.
- De Waal, F. 2009. *The Age of Empathy: Nature's Lessons for a Kinder Society*, Nueva York: Three Rivers Press.

- Deen, T. 2012. "Lifestyle Is Not Up for Negotiation", *Other News*, versión electrónica <<http://www.other-news.info/2012/05/u-s-lifestyle-i-not-up-for-negotiation/>>
- Diamond, J. 2005. *Colapso: Porque Unas Sociedades Perduran y Otras Desaparecen*, Madrid: Editorial Debates.
- Gómez, S. y Aldana, M. 2010. "Modernidad y Turismo", *Contra la Domesticación del Turismo: Laberintos del Turismo Rural*, Neptalí Monterroso Salvatierra y Lilia Zizumbo Villareal, (coords.), México: Universidad Autónoma del Estado de México, 135-158.
- Guimarães, R. P. 1991. "O Brasil e o Desafio do Desenvolvimento Sustentável", *O Desafio do Desenvolvimento Sustentável: O Relatório do Brasil para a Conferência das Nações Unidas sobre Meio Ambiente e Desenvolvimento*, Roberto P. Guimarães, (coord. téc.), Brasília: Secretaria de Imprensa da Presidência da República, 13-24.
- Guimarães, R. P. 1992a. *The Ecopolitics of Development in the Third World: Politics and the Environment in Brazil*, Boulder, CO y Londres: Lynne Rienner Publishers.
- Guimarães, R. P. 1992b. "El Discreto Encanto de la Cumbre de la Tierra: Una Evaluación Impresionista de la Conferencia de Río", *Nueva Sociedad*, 122, 86-103.
- Guimarães, R. P. 1994. "Desarrollo Sustentable: ¿Propuesta Alternativa o Retórica Neoliberal?", *EURE: Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 61, 41-56.
- Guimarães, R. P. 2001. *Fundamentos Territoriales y Biorregionales de la Planificación*, Santiago de Chile, CEPAL, Serie Medio Ambiente y Desarrollo, 39.
- Guimarães, R. P. 2002. "La Sustentabilidad del Desarrollo entre Río-92 y Johannesburgo-2002: Eramos Felices y No Sabíamos", *Ambiente e Sociedade, Brasil*, 18 (1), 60-69.
- Guimarães, R. P. 2003. "Desarrollo Sustentable en América Latina y el Caribe entre las Conferencias de Río en 1992 y Johannesburgo en 2002: Avances, Retrocesos y Nuevos Retos Institucionales, ¿Es Sustentable la Globalización en América Latina? Debates con Manuel Castells, Fernando Calderón, (coord.), Vol 1. *La Globalización y América Latina: Asignaturas Pendiente*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 245-282.
- Guimarães, R. P. 2004. "Waiting for Godot: Sustainable Development, International Trade and Governance in Environmental Policies," *Contemporary Politics* Londres, 10 (3-4), 203-225.
- Guimarães, R. P. 2006. "Las perspectivas del comercio justo ante una globalización asimétrica y con crecientes desigualdades sociales," *POLIS: Revista Académica de la Universidad Bolivariana*, 5 (13), 1-26.
- Guimarães, R. P. 2010. "La Insustentable Domesticación del Desarrollo Sustentable", *Contra la Domesticación del Turismo: Laberintos del Turismo Rural*, Neptalí Monterroso Salvatierra e Lilia Zizumbo Villareal, (coords.), México, Universidad Autónoma del Estado de México, 7-23.
- Guimarães, R. P. 2012a. "Classics Revisited Tracing the Modern Origins of Ecopolitics", *Critical Review on Latin American Research*, Berlín, nº 1.
- Guimarães, R.P. 2012b. "Muito Ruído e Poucas Nozes: Os Discursos na Rio+20 e a Governança Global para o Desenvolvimento Sustentável", *Revista Idéias*, Campinas, Brasil, 5, nova série, 31-54.

- Guimarães, R. P. y Fontoura, Y. S. 2012. "2010Rio+20 ou Rio-20? Crônica de um Fracasso Anunciado", *Ambiente e Sociedade* Campinas, Brasil, XV (3), 19-39.
- Griskevicius, V., Cantú, S. M. y Van Vugt, M. 2012. "The Evolutionary Bases for Sustainable Behavior: Implications for Marketing, Policy and Social Entrepreneurship", *Journal of Public Policy and Marketing*, 31 (1), 115-128.
- Haidt, J. 2006. *The Happiness Hypothesis: Finding Modern Truth in Ancient Wisdom*, Nueva York: Basic Books.
- Haidt, J. 2012. *The Righteous People: Why Good People are Divided by Politics and Religion*, Nueva York: Vintage Books.
- Heede, R. 2013. "Tracing Anthropogenic Carbon Dioxide and Methane Emissions to Fossil Fuel and Cement Producers", *Climatic change*, 22, versión electrónica: <http://download.springer.com/static/pdf/371/art%253A10.1007%252Fs10584-013-0986-y.pdf?auth66=1385220833_fa24d874785c43b1d2d901a729bd65d8&ext=.pdf>
- IPCC-Intergovernmental Panel on Climate Change 2013. *Climate Change, 2013: The Physical Science Basis*, Estocolmo, versión electrónica: <http://www.climatechange2013.org/images/uploads/WGIAR5_WGI-12Doc2b_FinalDraft_All.pdf>.
- IFRC- Federación Internacional de las Sociedades de la Cruz Roja y la Media Luna Roja 2001, *2001 IFRC WorldDisasterReport*. Ginebra: Cruz Roja.
- Kreft, S. y Eckstein, D. 2013. *Global Climate Risk Index 2014: Who Suffers Most from Extrem Weather Events? Weather-Related Loss Event in 2012 and 1993 to 2012*, Bonn: Germanwatch.
- Lewis, C. S. 1944. *The Abolition of Man: How Education Develops Man's Sense of Morality*. Nueva York: MacMillan Publishers.
- Lyon, P. 1974. *Eisenhower: Portrait of the Hero*. Boston: Little, Brown & Co.
- Manuel-Navarette, D. 2012. *Entanglements of Power and Spatial Inequalities in Tourism in the Mexican Caribbean*, Berlin, *DesiguALdades Net* Working Paper No. 17,
- Mead, M. 1970. *Culture and Commitment*, Nueva York, Doubleday.
- Meadows, D. H. et al. 1972 – *The Limits to Growth: A Report to the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*, Nueva York: Universe Books.
- Monterroso, N. 2010. "La Nueva Ruralidad: Un Paradigma para la Domesticación del Turismo Rural en América Latina", *Contra la Domesticación del Turismo: Laberintos del Turismo Rural*, Neptalí Monterroso Salvatierra e Lilia Zizumbo Villareal, (coords.), México: Universidad Autónoma del Estado de México, 75-105.
- Naredo, J. M. s.d. "Sobre el Origen, el Uso y el Contenido del Término Sustentable," versión electrónica: <<http://habitat.aq.upm.es/cs/p2/a004.html>>
- OECD-Organization for Economic Co-Operation and Development 2011. *Divided We Stand: Why Income Inequality Keeps Rising*, Paris: OECD.
- PNUMA-Programa de Las Naciones Unidas para el Medio Ambiente 2012. *Geo 5, Perspectivas del Medio Ambiente Mundial: Medio Ambiente que Queremos Panorama de Nuestro Cambiante Ambiente, 2008*, Nairobi, Kenya: PNUMA.
- Saramago, J. 2001, "Aboga José Saramago por Liberalizar el Pan", *La Jornada* Ciudad de México, 4 de marzo.
- Sen, A. 2004. "Why We Should Preserve the Spotted Owl", *London Review of Books*, Vol.

26, No. 3, 5 de febrero, pp. 10-11.

UNCSD-United Nations conference on Sustainable Development 2012. *The Future We Want*,

<<http://www.uncsd2012.org/content/documents/727The%Future%We%Want%2019%20June%20130pm.pdf>>.

UNDESA–United Nations Department of Economic and Social Affairs 2005: *The Inequality Predicament: Report on the World Social Situation*, Nueva York: UNDESA.

Worldwatch Institute 2012. *Estado do Mundo, 2103: A Sustentabilidade Ainda É Possível?* São Paulo Editora da Universidade Livre da Mata Atlântica.

Zizumbo, L. 2010. "Turismo y Economía social, Nuevas Formas Organizativas de Trabajo para el Desarrollo Sustentable", *Contra la Domesticación del Turismo: Laberintos del Turismo Rural*, Neptalí Monterroso Salvatierra e Lilia Zizumbo Villareal, (coords.), México: Universidad Autónoma del Estado de México, 25-723.